

 Seix Barral

Antonio Ortuño

Olinka





Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Ortuño
Olinka

© Antonio Ortuño, 2019

Publicada de acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta México S.A.

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-322-3493-4

Depósito legal: B. 7.385-2019

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Esta obra se escribió con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fonca, de la Secretaría de Cultura.

Este libro se escribió con el apoyo del Berliner Künstlerprogramm del DAAD (Alemania).

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Te van a chingar los Flores. En la salita del servicio médico de la prisión, mientras aguardaba a que recosieran y esterilizaran la puñalada que acababan de pegarle en los intestinos a otro de sus clientes, el abogado Piña le confirió a Aurelio Blanco la seguridad de que sería suprimido. Ni te ilusiones. Van a dejar que salgas dos, tres meses, y luego te caen. Blanco no había tenido tiempo, fuerzas o claridad, en quince años de encierro, para arriesgar esa simple reflexión, pero supo que era cierta apenas la escuchó vocalizada. Los Flores, su familia política: por su causa estaba preso. Lo fulminarían. La charla comenzó en torno a una mesita de lámina en el área general de visitas, bajo la luz de los neones, entre papeles sembrados de apostillas y separadores, y en compañía del usual contingente de moscas: presos aburridos, esposas afligidas, soñolientos pasantes en derecho penal. Olía a blanqueador de pisos, a cigarro, a comida a medio digerir. Allí se presentó el custodio para dar cuenta del atentado. El herido, por supuesto, no podía acudir a la compulsión de documentos, como estaba dispuesto. Apenas rubricó Blanco sus propios formularios con la estilográfica sobredorada del abogado y este embutió los legajos a toda prisa en el portafolio, ambos fueron escoltados a la sala junto a los quirófanos. Piña quería proseguir la admonición pero necesitaba también

colectar la firma del agredido o, siquiera, constatar su muerte. Blanco llevaba encima el uniforme de color café con leche de los presos, pero no esposas en las muñecas o grilletes en los tobillos. Aquella era el ala de mínima seguridad, la destinada a timadores inocuos y con suficiente dinero como para pagar por sus comodidades, y no había temor de que intentara evadirse. Al llegar a un recodo, el tercero, le corrigió la ruta a la comitiva. Sabía moverse por allí. Había pasado el último decenio y medio en aquel enredo de pasillos fortificados. No me oyes, Yeyo. El abogado había sido compañero de escuela de su hermana y le hablaba con la autoridad y la irritación de un tutor. Esto no lo invento ni es cosa de que haya visto una pinche serie de tele y te ande dando lecciones. A los Flores no les ha ido bien y no van a darte un centavo. Y cuando la gente comienza a chingarse se vuelve peligrosa, como dice el Comandante Cuervo. Tienes que hacer algo, Yeyo, o ahí quedas. Ya comenzó noviembre. El juez nunca firma los papeles antes de las vacaciones de Navidad, pero en enero, calculo, te sueltan; a mediados, pienso. Y para mayo o así vas a estar muerto. El abogado llamaba Comandante a uno de sus asesores, un expolicía en la sesentena que se vanagloriaba de ser especialista en la vida del crimen local. A pesar del pavoneo, el dichoso Comandante sabía lo suyo. Bajo sus indicaciones, Blanco pudo negociar, en su hora, el traslado al ala de mínima seguridad, la única manejada por las autoridades y no por una banda de presos, lo que significaba que la podredumbre era la misma pero el terror resultaba casi manejable. La Casita, la llamaban con desprecio o cierta envidia los demás, en la Casita no pasa nada, comen lo que quieren, los dejan tener teléfono, hasta les llevan viejas y sin las broncas de acá.

Qué raro que picaran a Marquitos, dijo entonces Blanco sin entrar al tema al que le urgía el abogado. Acá nunca pasan esas cosas. ¿Marquitos? Tu cliente, cabrón. Y señaló la puerta del quirófano. Sí, pues, Marquitos. Piña tuvo que recurrir a una sonrisa para excusarse. Fue en el patio, se entrometió el custodio. Los tres se encogieron de hombros porque el dato no le arrojaba luz al asunto. No, no saben quién. Lo encontraron en un rincón, atrás de los botes de basura. Oyeron quejidos y pensaron que era un gato. Aguantó, eso sí: fue machito, no acusó a nadie. Piña resolvió para imponer silencio y que el custodio no prosiguiera. Poco parecía importarle al abogado lo que sucediera con Marquitos, al que intervenían a cinco metros de distancia. Su indolencia molestó a Blanco. ¿Y si me hubieran picado a mí? Pero el suyo era un caso distinto.

El abogado había sido un tipo apuesto años atrás, cuando lo representó en el juicio. Pero lo estaba machacando el tiempo, y ahora se le notaba tripudo, mofletón, con manos temblorosas de borracho. Blanco entendía que era o supo ser amigo y hasta amante de Anita, su hermana, y por ello aceptó llevar su asunto: por solidaridad. Y por los honorarios correspondientes, desde luego, que nunca dejó de percibir. Con todo, habían logrado construirse algún apego con el paso del tiempo. Piña le daba ánimos. No eres un pinche criminal. Lo tuyo, en todo caso, fue delito de cuello blanco. Así insistía en decirlo: *cuelloblanco*. Tu sentencia es una aberración. Quince años te jodiste, Yeyo. Y tienes que escucharme, porque van a joderte más. Piensa, piensa, porque la sentencia se termina. Van a sacarte en cuanto pasen las fiestas. Y si los Flores te tuvieron aquí dentro, te obligaron a divorciarte y nunca te dejaron ver a la niña, no es porque se vayan a disculpar, cabrón. Van a chingarte. Yo, en tu lugar, me iría de aquí

derechito. Piensa en un pariente o amigo, el que más lejos viva, y te largas con él. O crúzate a los Estates. Directo a la chingada. Blanco lo escuchaba sin comprenderlo a plenitud. Temía a los Flores y los reverenciaba también. Había pasado los primeros tiempos de encierro convencido de que su suegro lo sacaría de allí en unos meses. Un par de años, a lo mucho: eso le prometieron. Saldré, volveré con mi familia, mi mujer, mi hija, habré ganado en unos mesecitos lo que quizás habría tardado quince años en cobrar. Eso pensaba. Hablaba, con el resto de los presos, mediante monosílabos o en frases de una sola bocanada y estaba seguro de que intimar era innecesario. Tengo un arreglo, le dijo al único que llegó a preguntarle cuánto tiempo estaría enjaulado allí. Y se pasó los quince años con la maleta hecha, sentado detrás de mil puertas que nadie abrió.

Aburrido quizá por su exclusión de la charla, el custodio se largó sin murmurar un pretexto. Pero al minuto, como si existiera la obligación de no dejar a solas a Blanco y al abogado, asomó por el pasillo un enfermero con la cara picada de acné. Pastoreaba una silla de ruedas moteada de sangre y se instaló junto al acceso del quirófano. La mirada fija y el oído alerta. Eso le pareció a Blanco. Porque en una cárcel todo se sabía, al final. Los presos escuchaban, replicaban y masticaban las mismas historias, unos cuentos tan torcidos que ya no era posible deformarlos más. Un ritual de rumores, observaciones y susurros que sustituía a la franqueza. Mira y aprende, murmuró Piña, y Blanco prefirió no aplicar el pseudoaforismo del abogado a nada concreto. Si te acomodas lejos y dejas pasar un tiempo, quién sabe qué pase y a lo mejor todo se arregla. Tu hija va a crecer y ya sabrá si te busca o qué. Pero lo primero, ahora, es poner tierra de por medio, Yeyo. Se abrió la

puerta y un médico brotó a la luz de la salita. Dos círculos de sudor le aureolaban las axilas y maculaban de oscuro su bata color azul cielo. El masculino ya salió de peligro, dijo el cirujano con lenguaje de acta circunstanciada. Pero habría que esperar por la firma, de todos modos, porque Marquitos, el herido, estaba sedado y lo mantendrían, de momento, así. ¿Ya la libró? Entonces no iban por él, nomás querían avisarle, siseó, al fondo de la sala, el enfermero, como para demostrar que estaba al tanto del significado del diagnóstico. De haber querido, se lo chingan... El abogado asintió con un gesto dirigido a Blanco. ¿Ves? Así, justo así va a ser. Marquitos tiene un arreglo como el tuyo. Y mira para lo que le sirve: para una chingada. Piensa, Yeyo. Te queda mes y cacho. Piensa. Ya que ni te la jalas ni coges ni haces nada de valor en la pinche vida, piensa. Piensa. Piensa.

Vas y chingas a tu puta madre, gruñó el preso. Le había confesado a Piña el desespero ante su interminable celibato durante una reunión anterior, en un minuto de prostración del alma, sin contar con la posibilidad de que la confidencia terminara en chisme. Uno de tantos que corrían sobre él en la Casita, a esas alturas. El detalle ridículo que provocaría que ya nadie lo tomara en serio. Estaba jodido de pies a cabeza. Ni lo habían rescatado ni lo esperaba una vida de felicidad en la calle. No tenía siquiera una carne contra la cual frotarse a veces, como los demás. Quince son muchos años, adujo el abogado. Sin coger ni vivir, Yeyo. Y de la lana que te adeudan mejor no digo nada. Pero mira: ya pronto te avisamos qué onda con la fecha de salida, en cuanto nos diga el juez. Entretanto piensa, cabrón, piensa.

Blanco volvió a la celda. Lo recibió el usual perfume a orines. El vecino no acechaba en lo alto de su litera: andaría por el patio o el comedor. La cárcel, cuando consiguió pactar su transferencia a la Casita, durante el primer mes de condena, resultó muy diferente de los círculos infernales que temió encontrarse cuando lo apresaron. Lo que experimentaba encerrado allí era más cercano a la sensación de permanecer indefinidamente en una escuela, atrapado junto con los compañeros más soporíferos del mundo. Y sin mujeres. Eso lo resentía. Se tendió en el estropeado jergón y lo visitó, de nuevo, el malestar en las costillas. Por más cabriolas que daba, cada vez, la colchoneta se le incrustaba en el costado, inclemente, tal como la lanza que atravesaba a Cristo en la imagen de la capilla del bloque, a la que hacía tanto que no tenía la menor gana de asomar. Blanco sintió la tentación de escupir en el suelo pero optó por pasarse el gargajo. Practicaba la contención desde que su vida íntima había desaparecido. Primero, porque nunca le apeteció prestarse a las caricias de las celdas y en la Casita nadie solía echarse como un lobo encima del otro: allí se trataba de recobrar la galantería propia de una oficina o un gimnasio y había que comportarse seductor y nunca salvaje, bajo el riesgo de que alguien se disgustara y ofreciera recompensa para que los custodios te molieran a golpes. Pero a Blanco le repugnaban sus compañeros de encierro y ninguno llegó a parecerle apetitoso, siquiera por hastío. Segundo, porque no fue capaz, en quince años, de resolverse a utilizar los servicios de contratación de putas que promovía uno de los celadores y a los que recurrían los demás. Quizá por lealtad a la esposa, en los primeros tiempos, y luego de que ella le anunció que no volvería a visitarlo y se divorciaron, hacía mucho más de un decenio, por frustración, inapetencia y pereza.

No le quedó mejor remedio que servirse un café. La olla para hervir el agua y el frasco de polvo soluble formaban el corazón de sus consuelos. Eso y los cigarros. Sus placeres eran los de un ermitaño: unos pocos sabores amargos, una vida lenta, desierta. El café, como siempre, le supo a tierra seca. La máquina de suplicios que era aquella colchoneta rancia, y la acumulación de tres lustreros tendido en ese potro del tormento, le arruinaban cualquier deleite. El placer, hasta la menor miga, lo eludía: aunque le gustaba masturbarse tanto como a cualquier otro antropoide, Blanco sentía la necesidad de hacerlo en un retiro que condecía mal con la muchedumbre de los reductos penitenciarios. Y menos allí: la celda la compartía con un vecino, un gordo, manso y sudoroso, que dos o tres veces a la semana se sacudía en su catre, de noche, sobre la cabeza de Blanco, hasta alcanzar el éxtasis y que se entregaba luego a los ronroneos del sueño. Siempre le parecieron inmundos los desahogos del tipo, celoso quizá de no encontrar un emplazamiento para los suyos. No tenía dónde, pues. Los baños de la prisión eran abiertos, colectivos, vigilados. Y solamente los presos que enloquecían luego de unos años de encierro se llevaban las manos a los genitales en las áreas comunes, incluso en aquella ala dócil donde rara vez llegaba a suceder nada como para preocuparse. De esos locos se burlaban todos. Y su destino era, por lo general, ineluctable: despertaban una mañana con la sábana alrededor del cuello y la cara negra, inflada, sofocados por mano propia con la complicidad de los barrotes.

A pesar de que Blanco había perfeccionado, año con año, la capacidad para recluir su cabeza en una serie de ensueños, que se repetía cada noche a falta de televisor, ese día se forzó a recobrar el foco: acomodó el esqueleto

como pudo en la colchoneta y volvió al asunto de los Flores, ese laberinto insoluble. ¿Qué podría hacer? Era un tipo fatídicamente leal. Pensaba en ellos como en su familia, aún. Nunca permitió que Piña cuestionara o protestara ninguno de los términos del arreglo que lo había llevado al encierro, ni siquiera cuando lo reventaron, impidiéndole ver a su niña. Mantuvo, ante todo, la palabra dada: se tragó la culpa. Y los años de encierro también. No se suponía que fuera a ser así, pero así ocurrió. ¿Cuánto tiempo experimentó la arrogancia de creer que su paso por la cárcel sería efímero y hasta provechoso? Quizá los primeros meses. Luego se terminaron los mensajes de su hija, su esposa dejó de visitarlo y la presencia de los Flores se desvaneció. Salvo por el dinero que le hacían llegar al abogado para que su estancia en la Casita fuera pagada con puntualidad, se olvidaron de él. Un suéter dejado a resguardo en la paquetería de una tienda y que nadie vuelve a reclamar, porque resulta más sencillo conseguir otro que regresar por él. La tarde ya helaba. Se encimó una manta polvorienta que, como siempre, lo incomodó, y que hedía aunque acabaran de lavarla. El frío en la celda era perpetuo, moderado si se quiere, pero tenaz, y lo jodía: se sentía cinco grados por debajo de lo que hubiera preferido. Y apenas el sol de mediodía, absorbido como una verdolaga en el patio en momentos de desesperanza, cada vez más habituales, era capaz de atenuarlo. Y eso que la idea original, se remachó Blanco mientras forcejeaba consigo mismo para no perder la cabeza en las fantasías que se recontaba al estar solo, a modo de consuelo, había sido muy simple: al echarse encima la responsabilidad del supuesto fraude en Olinka, un fraccionamiento propiedad de su suegro, tapaba el tema de las desapariciones de ejidatarios y protegía a los Flores. Y sí, se pasaría un par de años en prisión,

pero solamente para guardar apariencias. Y a cambio recibiría una compensación fantástica. Dos millones por año, una cantidad cuatro veces superior a la que percibía como contador de la constructora familiar, y una mansión a su nombre en Olinka cuando terminaran de edificarla. Eso acordaron. Y también poner a su servicio al mejor abogado de Guadalajara y depositarle una asignación mensual que solventara los costos legales.

Pero los Flores no cumplieron apenas con nada: ningún despacho de prestigio quiso tomar el caso, le dijeron, y así fue como Blanco terminó en manos de Piña, un amigo de su hermana llamado a última hora. Y Piña interpuso cada recurso legal concebible pero, de cualquier modo, fue arrasado en el tribunal. Y, bueno, la mensualidad le fue depositada sin falta, pero no había modo de saber si la indemnización llegaría a ser liquidada alguna vez. Quince eran demasiados años, lo sabía de sobra, y el balance estaba ya por las nubes. Recató con los dedos una suma muchas veces realizada y actualizada: treinta millones le debían. De putos pesos. Y nadie parecía urgido por pagar. Eran incontables las noches en que Blanco había dedicado los insomnios a imaginar lo que haría con el dinero si es que se lo daban. Su ilusión más profunda, reconoció, se limitaba a los bienes raíces. No le hacía gracia notarlos. A veces pensaba en una casa blanca a la mera orilla del mar; otras, en una cabaña guarecida en lo alto de una montaña boscosa y, de preferencia, nevada. Y no eran esos los delirios de un preso, sino, en realidad, las ensoñaciones de un empleado. En todos los escenarios, eso sí, se dedicaba a jugar con su niña. Aquello era absurdo, porque Carlita tendría ya más de veinte años y con la última persona que jugaría sería con su padre. Y aún más lastimosamente, en esos espejismos Blanco recuperaba a Alicia, su mujer.

Cuando su cabeza se entregaba a esos vagabundeos azucarados ninguna idea concreta podía enseñoreársele, pero él, cada mes, cada semana más abandonado, no tenía ánimo para nada más.

Cerró los ojos y se estiró en la colchoneta, que emitió el crujido esperable en cualquier objeto en aquel grado de decadencia. La soledad era tan visible como sus propias manos, que se miraba al menos treinta veces al día para comprobar que eran suyas aún. Estaba solo. Un cacto. Un neumático al fondo de una cuneta. Un ladrillo sin construcción alrededor. Alicia, su mujer, lo visitó apenas una docena de ocasiones y nunca en el área de citas conyugales. Dejó claro desde su primer encuentro, ante una mesa de lámina del área de visitas, que jamás se revolcaría en un cuartito que tuviera guardias tras la puerta, aunque fuera con el marido con el que la habían unido las leyes del municipio. Al principio, al menos, se le veía llorosa y conmovida, pero con el paso de los meses, y sobre todo después de que se emitió la sentencia de quince años sin posibilidad de fianza, se hizo evidente su hartazgo. A Carla, su niña, no la llevaron a visitarlo una sola vez. Alicia llegó a entregarle a Blanco dos o tres cartitas trazadas con la letra incierta de la nena, pero luego se encargó de romper el contacto. Y cuando el presidiario le exigió tibiamente el derecho a verla, respondió que Carlita sufría y sería mejor alejarla. Y se largó también. ¿Tu padre puede hacer algo? Eso fue lo último que Blanco preguntó y Alicia, en vez de responder, escupió al suelo y le dijo que guardaría sus cosas en cajas y que mandara por ellas si quería.

Estaba solo, pues. Se encogió como un gusano en la manta. El frío lo debilitaba: la resistencia se le iba agotando a la vez que el cabello le plateaba. Cada vello gris en los

antebrazos de Blanco era como un árbol seco más en el bosque. Sus sienes, un tejido de canas entreveradas. Se descubrió repasando su fantasía predilecta en la cabeza, montaña, juego, familia, y supo que su concentración iba a colapsar. Vivo entre paredes y lo que me queda es fantasear, se conformó. Pero alcanzó a recordar algo más: el perfil de personaje de moneda de Carlos Flores, el patriarca de la familia, de quien tampoco tuvo noticias desde el día en que acordó asumir la culpa del naufragio de Olinka y tomó el lugar que debió corresponderle a su suegro en prisión. Debe estar cagado de miedo de que solo le esté calentando el sitio, le había dicho Piña antes de marcharse. Don Carlos no va a ir a la cárcel a ningún costo. Primero, los Flores te desaparecen, te joden, te arrancan el pellejo a tiras. Por eso tienes que pensar. Piénsalo, Yeyo.

Piensa.

Pien sa.

La enfermería apestaba a desinfectante pero al pasar los minutos se abría paso en la nariz, hasta dominarla, el tufo de la carne. El catre de Marquitos estaba iluminado por un rayo de luz eléctrica que caía a cuarenta y cinco grados desde la persiana a medio levantar. Una mano inhábil había renunciado a colocarla debidamente cuando se atoró y la luz hacía lo suyo. La salud del herido progresaba, a decir del enfermero. Solo una noche fue presa de la fiebre, y cuando se esfumaron los efectos del sedante, Marquitos recobró la conciencia a plenitud. Tan mejorado estaba, luego de un par de semanas, que al ocupar Blanco la silla de plástico junto a su cabecera pudo volver hacia él la mirada y relamerse los labios con su lengua de camaleón. Le rebullía el estómago y la herida le ardía al beber, explicó

Marquitos, así que prefería seguir enchufado al suero y rehidratarse por la vía ensartada en su antebrazo en vez de pasar líquidos. La comida que le era servida, pollo con verduras y salsa blanca, le provocaba un asco abrumador pero no había remedio: el médico no estaba dispuesto a instalarle una sonda gástrica a un paciente que no la requiriera con urgencia y ya no era el caso. El cabello se le enredaba en mechones a Marquitos y la caspa le punteaba los hombros. Quedaba claro que nadie le había pasado una esponja por encima durante la semana de convalecencia, porque apestaba. Blanco se hizo el tonto y no quiso enterarse de los detalles del episodio de sangre que lo tenía postrado allí. No necesitaba que le recontaran el momento exacto de la puñalada. Tan solo escucharlo le metería el pánico en el cuerpo, decidió, y él le tenía demasiado miedo al miedo desde que le habían señalado la posibilidad de que los Flores prefirieran eliminarlo que pagarle. Mejor, ofreció un cigarro con ademán humorístico, que el convaleciente declinó sin llegar a darse cuenta de que era una broma, un intento de saltarse el tema. Desafiante ante el cartelito de prohibición que colgaba en el muro, a la altura de sus ojos, Blanco se puso a fumar. Solía hacerlo a escondidas de los demás, porque había elegido el tabaco como el último de sus placeres de reo y aquellos que preferían pagarse otros, la carne de alquiler o un buen televisor, le gorreaban descaradamente. Elegían las dos bifurcaciones del sendero y se quedaban con lo mejor de los jardines, cosa que a Blanco le parecía injustificable. Que se jodan, pensaba. Y lo llevaba a la práctica negándose a compartir.

Me andaban avisando nomás, dijo Marquitos, luego de toser un par de veces sin que el visitante tuviera el gesto de apagar el tabaco. Me avisaron y pues me jodí. Ellos:

mis patrones. Y algo les debes o qué, preguntó tibiamente Blanco. El herido volvió a lamerse los labios, que de inmediato se le quedaron secos, las grietas abriéndose como cuarteaduras en un muro. Les debo la puta vida, Yeyo. Ellos pagan para que me quede aquí, más o menos a salvo. Ya sabes. Y sí: ambos lo sabían bien. La Casita era, siempre, un consuelo. El resto de la prisión resultaba más alarmante. Cuando se enteraban de lo que sucedía en otros bloques, bajo el pie de sus respectivos caudillos, se les ablandaban las rodillas. Y desobedeciste o algo traes con ellos. Marquitos resopló sin enfado: su bufido fue más similar al jalón de aire que tomaría alguien antes de sumergirse en aguas profundas. Les pedí que le adelantaran una lana a Edith, lana para la casa. Tenemos la hipoteca hasta el putito cuello. Llevo cinco años metido acá y ella ha salido como puede, vendió los autos, las joyitas que tenía. Y te deben, entonces. No: ahorita nada. Pero cuando salga, sí. El varo que pactamos era al salir y en eso estamos. Pero Edith lo necesita ahora y a mí me quedan seis meses con todo y apelación. Seis putos meses. Me joden con la casa por seis putos meses. No mames.

El enfermero de guardia entró, sin un buenos días de por medio, y revisó a tirones que el suero fluyera por la vena de Marquitos. Y no se alejó, al terminar, sino que se repegó al respaldo de la silla de Blanco, como si se le insinuara. Era un tipo fornido, demasiado joven, y suave como una mascota. Blanco sintió su cadera y entrepierna pegadas a la nuca y se apartó con irritación. Pero el tipo se quedó allí, untándole el paquete, hasta que Blanco comprendió su insistencia y le ofreció la cajetilla de cigarrillos y el encendedor de color anaranjado traslúcido que llevaba encima, y que, por supuesto, estaba proscrito en la prisión y deberían haberle retirado de inmediato. Apenas

recibió una palmada en el hombro como agradecimiento pero, al menos, con la donación consiguió que el sujeto se apartara. Incluso en la paz de la Casita las cosas buenas, como que te dejaran tranquilo, debían ser pagadas al momento. ¿Y Piña dijo algo? Marquitos volvió a gruñir apenas escuchó mentar el apellido del abogado. Era un mugido sarcástico, esta vez. Ese cabrón... Dice que va a buscarlos para que se calmen. Y a ver si les saca un poco de lana para Edith, aunque sea la de los intereses. Está muy pasado de lanza que te mandaran picar, deslizó Blanco. No tanto, cabrón, no tanto. Me apendejé. Mandé decirles con Edith que si no daban nada, iba a ponerles dedo. Y dedo con todo: el pedo de los terrenos en Lomas del Roble, los nombres de sus putos inversionistas. Con eso tienen para que se los refundan, porque sus inversionistas no tienen permiso de meter lana aquí. Vienen de otro lado y no deberían estar metidos en la ciudad. Son de otro bando. Y lo saben. Pero fui un pendejo porque así no era. Había que rogar y quise meterles el putazo. Por eso me picaron. Y la neta, me la dejaron barata. Pudieron chingarme fácil y a Edith conmigo. No, eso también les sale caro, opuso Blanco, porque entendía la situación pero mantenía esperanza en la seguridad que les ofrecían sus respectivos arreglitos. No pueden rodearse de muertos, no pueden llamar tanta pinche atención. Marquitos se mordió el labio, inconscientemente, pero reculó: le dolía la piel del belfo, delgada como hoja de cigarro y marcada por rajadas que terminarían convirtiéndose en llagas. Pueden hacer lo que se les pegue la chingada gana. Y prefiero la bronca que me va a meter Edith si nos quitan la casa a que los patrones nos jodan. Blanco suspiró: comprendía sus prioridades. Pero al menos estás bien con ella, ¿no? ¿Con Edith? Claro. Me adora. Yo sí cojo, camarada, reviró el convaleciente, con

una risa desmayada que le cayó a Blanco como *jab* en la mandíbula. Solo había un modo de que el herido supiera la historia de su celibato y era por medio de la bocota de Piña, el abogado mutuo. Y si Marquitos sabía aquello, lo probable era que el resto de la prisión también.

Cambiaron de asunto porque un taconeo resonó por el pasillo. El enfermero volvía, ahora, con la esposa de Marquitos colgándole del brazo. Ambos se reían de alguna gracia apenas susurrada y callaron al entrar. Como siempre que veía a Edith, una ola de envidia anegó la boca de Blanco. Era una mujer de cara ancha y piel morena, enfundada en ropas que le resaltaban lo cóncavo y lo convexo. No se le extrañaba por allí una sola semana de visita conyugal y, al menos bajo la mirada de los extraños, tampoco perdía tiempo en reclamaciones: se enfocaba en apretujarse contra su marido apenas lo tenía al lado. Su presencia era un reproche involuntario para Blanco: Alicia, su exmujer, jamás volvió a tocarlo desde la noche en que ingresó a prisión y terminó, al paso de los meses, por exigirle el divorcio. Marquitos, pues, tenía su historia de amor y él, en cambio, nomás el recuerdo de una catástrofe. Blanco se despidió y los dejó allí, lameteándose y hociéndose. Salió junto con el enfermero. Ya a punto de perderse por el pasillo, este lo detuvo con un toque en el hombro que era casi una caricia. ¿Otro cigarro, carnalito? Era el penúltimo de la cajetilla y mejor se la dejó entera. Solamente esperó a que lo usara para pedirle de vuelta el encendedor, que era nuevo y le vendían allí al cuádruple del precio de la calle. Ese no iba a regalarlo así nomás.

El que advierte no es traidor, decía Piña, siempre aficionado a los refranes. Y Blanco tuvo que reírse porque era hora que los Flores no le habían avisado nada. Al menos, Marquitos tuvo su amonestación y la oportunidad

de arrepentirse. A mí, el día que me manden un cuchillo, será para chingarme. Eso pensó. El resto del camino a la celda se le fue en divagar.

El juez va a operarse una hernia de disco después de las fiestas y adelantó el trabajo. Es en serio. Nos avisaron anoche, pero el licenciado Piña tenía que volar a Anaheim. Allá va a pasar las fiestas. Navidad cae en domingo, ¿no? Por eso, todo hoy: mañana, viernes, ya se van de vacaciones en el juzgado. Nosotros salimos hoy. Ya no hubo tiempo de cambios y mejor me vine acá para apoyarte. Así le comunicó Estrella Paredes a Blanco que lo liberarían un mes antes de lo esperado. La subalterna de Piña había sido la encargada de sentarse con él ante la mesa de lámina, a lo largo de los años, cada vez que el abogado no deseaba recorrer el camino al reclusorio o no tenía para poner sobre la dichosa mesa un asunto más imperioso que la firma de un papel o la entrega de un cargamento con las comodidades que la mensualidad de los Flores podía permitir, como cigarros o el renuevo del café. Estrella parlotaba a una velocidad que Blanco apenas se sentía capaz de seguir. Era una mujer linda, discreta, que pasaba de largo de los treinta. Llevaba el cabello teñido de rubio y comprendido en una coleta. Vestía un traje sastre (la falda siempre pareció corta para el criterio mohoso del preso) y su maquillaje resultaba invisible. Olía a jabón. Era una profesional. Blanco supo que había pasado demasiado tiempo alejado de las mujeres porque se descubría, en cada ocasión, más interesado por la abogada misma que por sus anuncios. Pero esta vez era distinto y supo que debía reaccionar. Apretó los ojos y sintió la insinuación del vértigo en la cabeza. Se le acibaró la boca y el estómago se le encaramó

a los pulmones. Resuello, mantén el pinche resuello, se dijo.

Aquí hay una pila de documentos para que firmes, interrumpió ella. Supongo que van a darte una caja para tus cosas. Tengo que esperar que pongan sellos y registren todo en el sistema, pero los autos de liberación están listos y firmados. Mejor que vayas haciendo maleta. La abogada le recitaba instrucciones mientras consultaba el teléfono y picaba su pantalla con uñas puntiagudas y precisas. No miraba la cara descompuesta de Blanco, que se había llevado la mano a la boca y se apretaba las comisuras con el índice y el pulgar, como la involuntaria emulación de un puchero infantil. Pese a la insistencia de Piña en que pensara, Blanco había demorado el momento de resolver en la mente sus movimientos futuros y ahora no tenía la más puerca idea de qué hacer. Soñó, fantaseó, compuso toda clase de escenas dramáticas en la cabeza, tendido en la colchoneta, allá en la celda, y postergó las decisiones para cuando pasara Navidad. Pero aún faltaban tres días, la cárcel estaba a punto de expelerlo de manera prematura y él se sentía tan perdido como si aquella fuera la mismísima fecha de su alumbramiento.

¿Esto puede tardar cuánto? ¿Días? Blanco prefería aferrarse al principio de que todo se trataba de una confusión y preguntaba lo mismo con la esperanza de, esta vez, dar con terreno firme en la respuesta. La abogada le sonrió, quizá conmovida. No: ni dos horas. El juez debe haberlos traído a marchas forzadas en los despachos, porque ya tienen todo. Los expedientes, las sentencias liberadas, los autos, los formularios. ¿No te dijo nada el licenciado? Pues que me preparara, pero no creí que tan pronto. ¿Y qué pasó? Estrella lo cuestionaba pero sin reírse del estupor de Blanco. Siguió cruzada de brazos, con la

media sonrisa en la boca y el aire de paciencia con que había acudido a la cárcel por años, cada vez que Piña se lo solicitaba, para que el cliente firmara notificaciones o recibiera informes actualizados de su proceso. O para recordarle que, mientras se liquidaran los honorarios correspondientes, el despacho no lo abandonaría. Aunque le parecía una mujer atractiva, a Blanco siempre le fastidió la aparición de la abogada, porque sabía que le confiaban lo rutinario y nunca, hasta esa mañana, lo cardinal. Verla era dar por sentado que no habría novedades. Pero ahora las novedades caían en granizada y él no encontraba fuerzas para plantearle a Estrella ninguna de las dudas que meneaban su cabeza y ascendían, segundo a segundo, como burbujas en un vaso de refresco. Si quieres, yo lleno los formatos mientras tú metes tus cosas en una caja, remachó ella. Te llevo a la ciudad, pero no puedo quedarme aquí toda la mañana. Tengo pendientes contigo en el despacho y luego una cena familiar. ¡El viernes es Navidad! Más que un ofrecimiento, lo que hacía Estrella era plantear un orden del día. Blanco carecía de ropa, dinero, teléfono, o cualquier implemento necesario para poner los pies en la calle como un humano común: debía obedecer. Se levantó con torpeza de la mesita metálica, que casi se lleva por delante, y asintiendo con la cabeza, como un golem, se apresuró a acatar lo que se le indicaba. Estaba demudado. La cabeza no le funcionaba. A pesar de los quince años de experiencia, dobló mal en un meandro del pasillo y tuvo que dar un rodeo para volver a la celda. Los custodios lo saludaban, al paso, sin darse cuenta de que el tipo que iba dando tumbos por ahí estaba a punto de salir de su jurisdicción.

En lo alto de la litera ya se encontraba instalado el vecino. Se ocupaba en trenzar una guirnalda navideña con

unos dedos bulbosos y hábiles. Blanco se paralizó al encontrarse con que una caja de cartón reforzado había sido colocada sobre su propia colchoneta. Miró el interior del empaque como si contuviera algo amenazador. Una mano, un dedo, su propia cabeza. Se te adelantaron, dijo el Gordo. La trajo un custodio de la puerta hace cinco minutos. Ya me contaron que nos dejás. El vecino no levantó la vista de su guirnalda pero parecía ofendido, como si Blanco estuviera por abandonar, antes de la batalla decisiva, una causa común. ¿Y ya estás feliz? Te iban a sacar dizque hace trece años o más, ¿no? O sea que al fin se acordaron de ti. Blanco, humillado, no supo responder. Al Gordo le bajaba por la sien una gota de sudor: a pesar de sus puyas, la concentración en la manualidad era total. Se mordía la punta de la lengua. Yo no sabía nada, respondió al fin. Parece que operan al juez y tuvo que adelantar los trámites... Antes de darse cuenta de que resultaba una imbecilidad darle explicaciones al Gordo, Blanco ya estaba metiendo sus posesiones en la caja. La hornilla para el agua. El frasco del café. Dos paquetes de cigarrillos y el encendedor naranja traslúcido. También el lápiz de punta roma que estaba autorizado a usar. Una libreta en la que había dejado anotaciones dispersas y dibujitos a lo largo del tiempo. Un retrato enmarcado de Carla, su niña. Otro, ya muy envejecido, de Alicia, en vísperas de la boda, con aquella sonrisa encantadora suya. No llenó la caja, desde luego, un tercio cuando más. La dejó allí, sin moverla, como si pudiera aparecer un maletero y ofrecerse a acarrearla a la salida. Como eso no iba a pasar, Blanco cargó el bulto, al fin, y dio tres pasos indecisos hacia la reja antes de que el Gordo, con despecho, voltara. Y nada de abrazo o beso. Te sientes superimportante porque te vas. Total: a ti nada te importa. Ni coges siquiera. Eso último lo soltó con felicidad.